

**ARGENTINA: DIEZ AÑOS DE PROMESAS INCUMPLIDAS, DIEZ AÑOS DE DESIERTO VERDE**

# **Soja transgénica: Agricultura sin agricultores**

---

Corría el año 1996 y la por entonces secretaria de Medio Ambiente, María Julia Alsogaray, aseguraba que con la introducción de la soja transgénica se reduciría el consumo de agroquímicos, que además ayudaría a reducir el avance de la frontera agropecuaria, y que entraríamos al desafío de una agricultura capaz de proveer de alimentos a una creciente población mundial.

Diez años después, la realidad es otra: la frontera agrícola avanzó sobre los bosques nativos, se aumentó considerablemente el uso de agroquímicos y nuestras exportaciones sólo alimentan los pollos y los cerdos de Europa y China.

La soja RR, Roundup Ready, de Monsanto (resistente al herbicida glifosato, también de Monsanto) ha cambiado drásticamente el perfil productivo, social y ambiental de la Argentina. Y estos cambios se han visto facilitados por la acción del mundo corporativo, la adopción intensa de tecnologías insumo-dependientes, una coyuntura internacional y paridad cambiaria favorable, y un Estado virtualmente ausente que permitió la instalación y difusión de la soja transgénica, favorecida por el modelo de labranza conocido como Siembra Directa, en un amplio espacio del país.

En esa época, productores desesperados por la crisis del campo fueron ganados a fuerza de campañas publicitarias y marketing para que acepten las nuevas semillas genéticamente modificadas y nuevas tecnologías para la agricultura, a través de ejércitos de consultores y lobbistas.

## **Avanzando sobre los bosques nativos**

La importante adaptación del cultivo está produciendo un fuerte impacto ambiental sobre millones de hectáreas (cientos de miles por año) que son transformadas para la siembra. El país está perdiendo rápidamente su diversidad biológica y su diversificación social y cultural sobre la mitad de la superficie.

La tremenda tasa de transformación de nuestros bosques nativos en el norte de Argentina para la ampliación de la superficie agrícola (en la mayoría de los casos para el monocultivo de soja transgénica) no tiene precedentes en la historia.

La Selva de Yungas, el Parque Chaqueño, el Monte y la Mesopotamia están directamente amenazados y bajo una enorme presión de transformación que para el caso de las Yungas Pedemontanas de hecho, al ritmo actual de desmonte, podrían llevarlas a la extinción en poco tiempo.

Se calcula que en Argentina, por año, se desmontan más de 250.000 hectáreas de bosque nativo, principalmente en el Chaco Seco, donde se produce el 70% de la deforestación por la expansión agrícola. En los últimos años, Salta, Santiago del Estero y Chaco, son las provincias más afectadas por la altísima tasa de deforestación impulsada por el boom de la soja.

Con este fenómeno cientos de campesinos e indígenas son constantemente desalojados por las topadoras y en muchos casos las provincias otorgan permisos para desmontar en zonas tradicionalmente habitadas.

Los bosques juegan un papel fundamental en la regulación climática, el mantenimiento de las fuentes y caudales de agua y la conservación de los suelos. Y de éstos obtenemos una serie de bienes y servicios indispensables para nuestra supervivencia: alimentos vegetales y animales, maderas y medicamentos.

El reciente desastre ambiental en Tartagal y las inundaciones de Santa Fe, nos muestran algunas de las consecuencias de la desaparición de la superficie forestal en la zona: pérdida de biodiversidad, desertificación e inundaciones.

Actualmente el monocultivo de soja transgénica representa cerca del 54% de la producción agrícola argentina: unas 43 millones de toneladas anuales. Pero los grandes productores y el Gobierno Nacional pretenden llevar la producción de granos a 100 millones de toneladas, lo que implicaría un avance de la frontera agrícola que destruiría a la mitad de los bosques nativos existentes. Con la introducción de la soja transgénica, sólo entre 1998 y 2002 el área forestal se redujo en más de 900.000 hectáreas.

## **Llenando de químicos a la tierra**

La soja transgénica es el principal responsable del crecimiento del consumo de agroquímicos en Argentina. El cultivo demanda alrededor del 46% del total de pesticidas utilizados por los agricultores.

El masivo uso del glifosato en soja, ha favorecido la aparición de malezas tolerantes (que ya suman aproximadamente diez y continúan apareciendo) y que estarían indicando el punto de inflexión, de quiebre, en la aparente imposibilidad de existencia – según afirmaban enfáticamente las empresas – de una tolerancia al herbicida. Al utilizarlo de forma continua en el ecosistema, lo que han favorecido es un importante cambio en el patrón de uso del glifosato, cuyos impactos comienzan a detectarse en Argentina.

El riesgo relativo de contaminación por agroquímicos, se concentra claramente en las áreas donde los cultivos anuales de cosecha como la soja se expandieron con mayor intensidad.

Otro aspecto vinculado directamente con la fuerte implantación del modelo sojero-exportador es la pérdida de nutrientes, de estructura y la estabilidad de los elementos constitutivos del suelo. Argentina extrae y exporta junto con sus granos alrededor de 3.500.000 toneladas de nutrientes que, dadas las prácticas intensivas de la agricultura, ya no puede reponer bajo su clásico sistema de rotaciones agrícola ganaderas, abonos verdes y largos períodos de descanso, que facilitaban una reposición importante y mantenían el balance por los nutrientes perdidos.

## **Más tierra para menos hombres**

El ingreso de este cultivo representó una fuerte pérdida de nuestra diversidad productiva y produjo una fuerte concentración de la tierra. Se calcula que la producción de soja transgénica da trabajo a sólo una persona cada 500 hectáreas, lo implica la pérdida de cuatro de cada cinco puestos de trabajo en la agricultura. De la mano de este fenómeno, desaparecieron más de 180.000 productores agropecuarios y hoy sólo el 10% de la población nacional pertenece de alguna manera al sector agropecuario.

El modelo transgénico también ha producido importantes impactos sociales: Mientras en el país hay 127.565 familias de pobres rurales, el proceso de acumulación rentista y concentradora, con búsqueda de nuevas tierras, crece tanto en la región pampeana como extrapampeana.

Muchos capitales extranjeros se instalan esporádicamente para acelerar el circuito extractivo de ganancias y otros tantos se utilizan en "fondos de inversión", que desplazando al productor tradicional arrendan (alquilan) campos en ciclos muy cortos, de menos de un año, que no hacen más que acelerar el proceso de destrucción del suelo.

Todos los sectores, salvo la soja que crece, se vieron afectados: en el sector lácteo desaparecieron casi el 30% de los tambos, y el consumo promedio de leche bajó también de 230 a 180 litros. Además, el cultivo de arroz se redujo en más del 44%, el de maíz un 26%, el de girasol un 34%, y 12 veces la producción de algodón.

Los pequeños y medianos agricultores ven constantemente amenazada su permanencia o el acceso a la tierra, a la estabilidad de la familia rural y a su economía regional. El modelo actual lleva directamente a una agricultura industrial y sintética, sin agricultores.

Son estos mismos excluidos los que terminan viviendo en las periferias de las ciudades y sobreviven con planes asistenciales, y a quienes luego se pretende alimentarlos con los productos derivados de la soja transgénica o directamente con los granos, en planes promovidos por las grandes corporaciones impulsoras de los

transgénicos, como el irresponsable plan de promoción conocido como "Soja Solidaria" durante la crisis económica de 2002.

## **Hacia una agricultura sustentable**

Es claro entonces, lo importante que debió haber sido para la Argentina evaluar antes todos estos impactos derivados de un paquete tecnológico de alta intensidad. No es suficiente analizar sólo meros formalismos técnicos a pocos factores ambientales sin realizar una evaluación de impacto ambiental integrado en cada uno de los ecosistemas de las diferentes ecorregiones que Argentina posee. Además el Estado y las empresas promotoras fueron claramente advertidos de estos impactos por investigadores independientes y organizaciones no gubernamentales tanto del país como del exterior. Lamentablemente, para el ambiente y la sociedad argentina, claramente impactada luego de diez años de soja transgénica, los daños y efectos directos e indirectos son una cuestión tangible e incontrastable.

Es claro que en materia agropecuaria y de desarrollo social, Argentina ha perdido el rumbo de protección y fortalecimiento de su soberanía alimentaria. Pero puede decidir cambiar y recuperar el camino perdido apuntando al desarrollo de una agricultura familiar sustentable.

La Argentina, rica aún en recursos naturales y recursos humanos, cuenta con todos los elementos para recuperarse. Lamentablemente, el modelo de la soja transgénica, ante la falta de las regulaciones oficiales, esta reduciendo literalmente la rica diversidad productiva del país.

Para todos, el lamentable ejemplo argentino de reconversión y especialización monoproduktiva de los '90 es un riesgoso modelo a no ser seguido, dados los importantes daños ambientales, sociales y culturales que el país ha sufrido y del que debe salirse rápidamente, promoviendo una verdadera política de promoción de desarrollo agropecuario sustentable, y por ende, con inclusión social.

**Septiembre de 2006**

**Campaña de Biodiversidad  
Greenpeace Argentina**